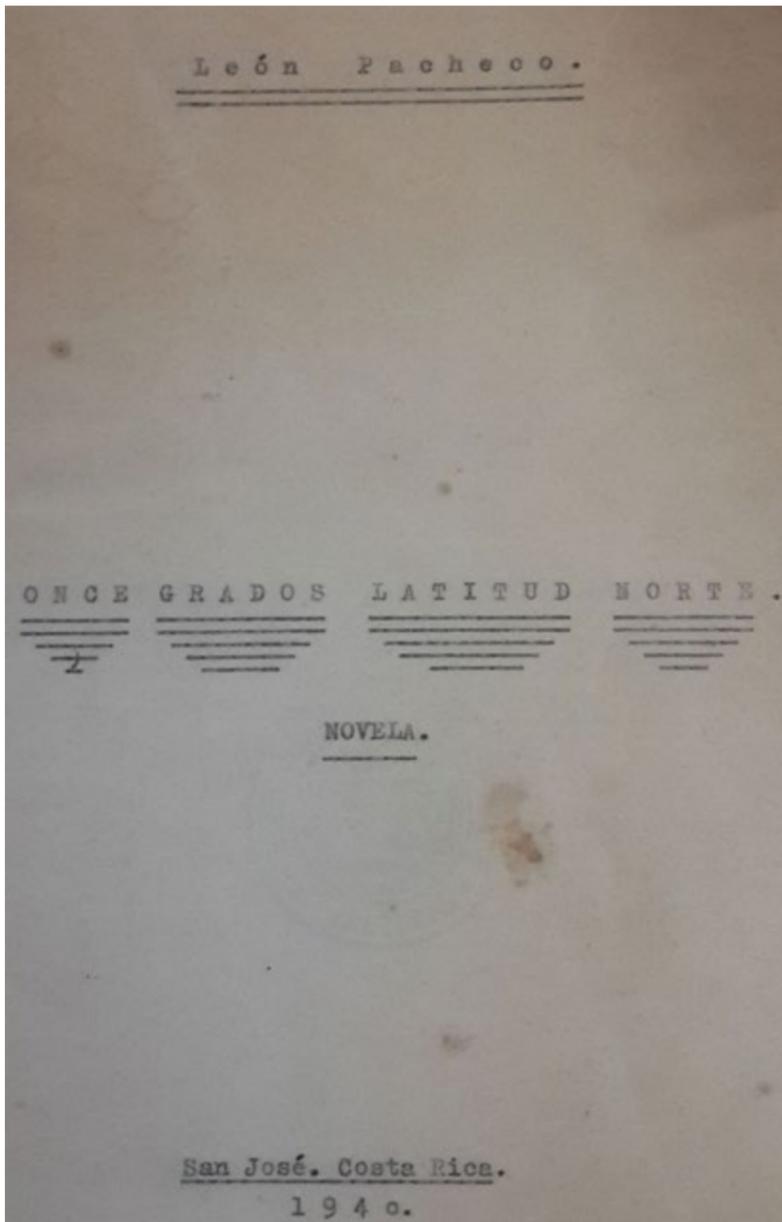


62 **Once grados latitud norte**

León Pacheco



Una de Granadas, Roberto Eyzaguirre y Pablo de Arenal: tres tipos de relieve. Los acompaña, como una personalidad de influencia decisiva, el trópico con sus característicos aspectos diferentes, expresivos todos, aun cuando se presenten con la rigidez de una máscara que ríe siempre o que, en todos los momentos, llora.

Una, la voluptuosa divorciada de sensualidad casi felina, no sabe, no puede rendirse a las incitaciones amorosas de Roberto. Sin embargo, al presentir que ha de volver hacia ella con incitaciones nunca vencidas, se siente desamparada, sin las fuerzas necesarias para negarse a la entrega que él tanto ansía.

Roberto no posee otra cosa que la fe en el dominio mediante el poder ilimitado del dinero. Para él, nada existe sin el éxito económico que allana todos los senderos, inclusive los del amor. Se desorienta al darse cuenta de la derrota sufrida en su anhelo de seducir a la hermosa Una. Eso, al parecer, explica por qué llega hasta llorar el fracaso en los propios regazos de la victoriosa. Por primera vez, se siente vencido. Ve en ello una advertencia del destino. Si no posee a Una, el triunfo en otros campos, muy diversos, ha de ser negado.

Es un oportunista. No sabe, no quiere discutir aquello que, de discutirse, le traería dificultades múltiples en sus diferentes negocios de abogado sin conciencia.

Parece una fiera envejecida tras los barrotes de una jaula de circo. No se atreve a dar el salto necesario. Imposible le es adivinar lo que después ha de venir.

Pablo de Arenal es un hijo del trópico que vuelve a su tierra tras veinte años de ausencia en los que paseó su falta de sentimientos humanos por varias ciudades de tradición y de leyenda de la decrepita Europa.

Heredó la recia voluntad de su padre. Aprovecha esa voluntad para convertirse en hombre de letras, la más cómoda de todas las actividades, la más corriente en los jóvenes que la América Latina envía a la capital francesa

con la sana intención de que se hagan hombres. ¡Cuán pocos logran alcanzar esa realidad!

Es un hombre de vida taciturna, de riqueza sin límite, de juventud que aprende, pronto y fácilmente, a soportar la elegancia inglesa, el exagerado amor patrio francés y el diletantismo italiano.

Allá vivió una serie de amores sin mañana. La inglesita fina y rubia. Marta, la parisién, la de los viajes inmóviles al través de los sueños. Geo, la adolescente insaciable en curiosidad, de diabólica travesura amorosa de perfecta pasión británica. Lois, de gestos masculinos, la anónima hija de Nueva York, que conoce el secreto inefable de divertirse y de hacer que los demás se sientan regocijados: es, en síntesis, una nostalgia errante.

Pablo no ha solicitado nunca lógica alguna a la existencia. De la vida y de sus instantes prefiere aquello que menos compromete: el placer. Vive hundido en las diversiones de ese mundo en el que todos se aburren, que tiene las mil atracciones del demi-monde tan bien sentido por el más joven de los Dumas. Se enorgullece de una eterna frialdad que, en lo íntimo, mucho daño le hace. Le agrada hundirse en la reflexión, cualquiera que ella sea, aun en el momento mismo del abandono pasional.

Pablo se convierte en secretario particular de Roberto en el momento mismo en el que este se transforma en candidato a la Presidencia de la República. Ambos se consumen en las aguas turbias, melosas, de una política que pretende basarse, de continuo, en el exaquerado desprestigio del adversario, que, en el fondo, no es sino una serie de escándalos para los que no se necesita otra cualidad que el cinismo de estos y de aquellos. Si Roberto, el jefe, no logra hacerse amar de Lina, Pablo el secretario, sabe despertar sentimientos profundos en aquella rubia de ojos verdes, que es una hembra a la que la tristeza sirve de hábil y acertado sistema de coquetería.

Es ella, también, una criatura del trópico y, como tal, una flor en acecho con ribetes muy pronunciados de ingenua.

La política, que duerme en el alma de todo hijo de esta latitud, se asoma ya en la conciencia de Pablo cuando medita, sin quererlo, en la propia victoria fina. Está ella supeditada al triunfo del jefe de su partido. Resulta de la derrota de ese mismo caudillo que empieza a desear, fervientemente, aun en el momento en el que la lucha apenas se inicia.

La novela se interna, ella también, en los vericuetos de la política la gran industria nacional en la que se regodean los zorros de la fábula, de astucias, cada día, nuevas y siempre repetidas.

Hay, en la vida de Pablo, que es un animal hambriento de voluptuosidades, no por conocidas, menos buscadas, una intermitencia. La de una curva sinuosa de avideces políticas, ahora. De sensualidades indomables, en seguida. Aquí, las escuetas salas de los clubes. Más allá, las tibiezas excitantes de una alcoba femenina.

Las convulsiones sociales, que se manifiestan en una histérica huelga contra cierta compañía no nacional, alejan a los enamorados. Pablo se pone en contacto con algo reamente pintoresco: con el militarismo sin base técnica, saturado de esa humedad de los trópicos, en la que se enmohecen las armas, las, almas y los cuerpos.

El autor, sin decirlo siquiera, ha señalado algunas de las enfermedades que minan nuestro medio, el que dormita a la sombra más que invisible del paralelo que pasa a once grados al norte del Ecuador.

Una de ellas, la política en la que nadie puede pensar por cuenta propia. Para eso, están los cerebros iluminados de los directores del partido. La política no arregla ningún problema social, porque no es sino la manifestación hipócrita de un anhelo de subir sin derecho alguno para merecer el ascenso.

Señala las vergüenzas de quienes, a sí mismo, se titulan hábiles políticos. Hombres sin alma que venden hasta a su mismos hermanos, siempre que el precio de la vergonzosa venta ayude a satisfacer ambiciones más que bastardas.

Con mefistofélica sonrisa se refiere a esa unión estrecha de intereses irreconciliables realizada por el cinismo, que nunca quiere perder en las contiendas electorales.

. Otra enfermedad que nos agota es la de los pseudo-intelectuales quienes, a la vuelta de la esquina, se convierten en seres inútiles, en sujetos peligrosos, por la Inconsistencia de su espíritu, por la absoluta falta de carácter, por la desmedida ambición.

Otra dolorosa realidad: la tendencia sin freno hacia las pasiones sexuales que nada respetan. Lina es una de las tantas víctimas. Se casó a los dieciséis años. Divorciada, enseguida, después de veinticuatro meses de obsesión degradante, sin los esperados romanticismos del amor, verdadero, aliado de un hombre de vicios insaciables.

Dos años grises que influyeron, más de lo que pensara, en su vida de mujer humillada por quien debía enaltecerla. No llegó a ser la dama de fácil conquista a quien todos suponen infinidad de aventuras. Solamente una y muy dolorosa fue la suya y, por desgracia, no podía llamarse aventura: su matrimonio, una enfermedad no confesable la obliga a no entregarse a Pablo, a quien adora y al que no deseo hundir en la propia desesperación.

En algunas de las páginas de esta interesante novela, se asoma la maldita caridad mundana, la que, para divertirse, se vale del pretexto de ayudar al prójimo desvalido, una caridad admirablemente administrada que está más allá del bien y del mal.

Como si fuese poco: la miseria por doquier. Casi en todos los rumbos, el paludismo -paludismo corporal, paludismo espiritual- que poco a poco nos va llevando hacia una desmoralización inevitable.

La descrita por Pacheco es una vida intensa que se mueve sin cesar entre un cúmulo de intereses creados. En ella apenas se experimenta una rara sensación de reposo: cuando vemos a Pablo al lado de la mujer que sinceramente lo adora.

Bien determinados todos los caracteres, aun los que aparecen en segundo plano.

Estilo, a veces, rebelde ante las injusticias que relata.

En resumen: un hermoso libro que describe, con valentía a sin igual, la tragedia del hombre derrotado por el medio.